

COLECCIÓN
**Testimonios Vocacionales Fuertes
de Sacerdotes Diocesanos.**

Sacerdotes del Prado

“Desde Jesucristo, el Evangelio y los Pobres”



*Rodolfo Reza
Palomares*

VFO

PRESENTACIÓN

El Papa Francisco ha logrado en muy pocos meses generar un clima eclesial esperanzador. Sus palabras, sus gestos, sus actitudes tan evangélicas, especialmente hacia los más desvalidos y empobrecidos por el sistema global de la exclusión y del “descarte”, nos hacen VOLVER A JESÚS.

Cuando la Iglesia deja de ser autorreferencial y se centra en lo único que la justifica y le da un sentido a su misión –Jesucristo- la Iglesia toda se convierte en una con-vocación.

En la Asociación de los Sacerdotes del Prado –instituto secular de derecho pontificio para sacerdotes diocesanos- la claridad y urgencia del Papa Francisco respecto a volver a Jesucristo y al Evangelio, así como la compasión y ternura que manifiesta por los pobres, nos sintoniza natural y espontáneamente con otras intuiciones: las fundacionales del Prado.

Los “TODOS” de Antonio Chevrier, sacerdote diocesano de la diócesis de Lyon, Francia, en el s. XIX, son el alma de la orientación espiritual y apostólica del sacerdote diocesano en la escuela del P. Chevrier que sentimos tan cercano y actual a partir de la orientación pastoral del Papa Francisco:

“Conocer a Jesucristo, es TODO”
“Tener el Espíritu de Dios, es TODO”
“Evangelizar a los pobres, es TODO”

Esta primera Colección de Testimonios Vocacionales Fuertes de Sacerdotes Diocesanos de varias diócesis de América Latina y el Caribe –elaborados entre abril y octubre del 2014- pretende con sencillez y humildad, pero con alegría y audacia evangélicas, ofrecer un material para grupos de laicos, de religiosos (as) y sacerdotes diocesanos que nos ayude a consolidar una cultura vocacional en las Iglesias locales, cuyos pilares sean: Jesucristo, el Evangelio y los Pobres.

Quiero agradecer sinceramente la participación de los que se han animado a contarnos su experiencia de vida. De modo especial también agradezco el profesional y cercano apoyo de la Lic. María Estela Fernández, socióloga mexicana que nos ayudó en la maduración de la idea, en el diseño del cuestionario enviado a cada participante, en la transcripción de las conferencias telefónicas y de vía skype y en la elaboración y revisión de la primera redacción, en donde se cuidó al máximo, las palabras y expresiones de los autores; posteriormente, ella reenvió a los autores el texto para su aprobación o eventual corrección.

Agradezco al Lic. Miguel Angel Gutiérrez Chávez que nos ayudó en el cuidado de estilo de los textos y al Lic. Antonio Horta el diseño y formato final de los mismos.

A estos primeros testimonios de: Jesús Efrén Hernández; Jorge Álvarez; Emilio Zaragoza; Hernando Pinilla; Rodolfo Reza; Federico Carrasquilla; Antonio García y Juan Olloqui (hermanos sacerdotes adultos mayores) seguirán otros, tanto de sacerdotes diocesanos jóvenes, como, esperamos, de vocaciones religiosas y de vocaciones de laicos y de laicas comprometidos con la causa de Jesús: el Reino de Dios en la historia de los pueblos, horizonte de trascendencia.

Fraternalmente:

Manuel Rodrigo Zubillaga Vázquez, Arquidiócesis de México
Coordinador del Prado Mexicano.
Coordinador del Comité de los Prados de América Latina y el Caribe.

México, D.F; octubre de 2014.

PRA
DO

Rodolfo Reza Palomares

Rodolfo pertenece a la Diócesis de Torreón, Coahuila, México, actualmente es párroco en la Parroquia Inmaculado Corazón de María, en Torreón. Nació el 15 de octubre de 1939, se ordenó como sacerdote en 1965, ingresa al Prado en 1985.

HISTORIA FAMILIAR Y SUS INFLUENCIAS EN LA ESPIRITUALIDAD, LA VOCACIÓN Y LA OPCIÓN POR LOS POBRES.

Vengo de una familia con raíces muy diferentes. La familia de mi padre proviene de un pueblo cercano a la ciudad de Zacatecas¹, Guadalupe de Zacatecas; que actualmente, con el crecimiento urbano, está unido a ella. Emigraron a Torreón cuando esta ciudad tuvo, en sus inicios, un crecimiento económico y social extraordinario². Todos eran impresores y fundaron una de las primeras imprentas de la ciudad. Mi padre era el mayor de seis hermanos.

Bajo el punto de vista religioso, la familia paterna era “arreligiosa”, la fe no era parte de su vida. Mi padre tuvo un primer matrimonio en el que engendró tres hijos, dos hombres y una mujer. Queda viudo y se casa después con mi madre.

La familia de mi madre tiene sus raíces en Salamanca, Guanajuato. Fue la segunda de ocho hermanos, cuatro hombres y cuatro mujeres. Mi abuelo paterno era de oficio talabartero, trabajaba maravillosamente los productos de piel. Emigran a Torreón, donde fundan un negocio de artículos deportivos que ellos mismos elaboraban. Era una familia profundamente religiosa, como la mayoría de las familias de la región del Bajío³. Por lo tanto, crecí en ambiente tremendamente contrastante en lo que a religión se refiere.

1 Capital del Estado de Zacatecas, en la República Mexicana.

2 Torreón es del Estado de Coahuila, es una de las ciudades más jóvenes de México, se fundó en 1907.

3 Región geográfica, histórica, económica y cultural del Centronorte de México, comprende una zona no montañosa de los Estados de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y los Altos de Jalisco.

Mis abuelos maternos tenían una fe recia y profunda, unida a una práctica religiosa constante. Formaban una típica familia tradicional, grande, con problemas y dificultades, pero con relaciones muy cercanas y muy cálidas. Mi abuelo era el centro de la familia. No obstante que mi madre era la segunda hija, y quizás por ser mujer, era el punto de referencia y de unión en la solución de los conflictos familiares, su opinión era muy importante.

En contraste, la familia de mi padre era de relaciones frías y distantes. Nosotros teníamos con ellos poco contacto, la persona y la conducta de mi abuelo paterno era poco atrayente.

Al principio vivíamos en la casa de los abuelos maternos, que era muy grande. Nos cambiamos de casa y ellos se vinieron a vivir con nosotros. Siempre me sentí muy acogido por la familia, los abuelos eran muy cercanos y cariñosos. Hasta los seis años fui hijo único, después nacieron mi segundo y tercer hermano. Mi madre era la encargada en el taller donde se elaboraban los uniformes deportivos que se vendían en la tienda de mis tíos.

Sin duda alguna, la influencia religiosa de mis abuelos maternos y de mi madre, en mi espiritualidad infantil, en mi vocación y en mi opción por los pobres, fueron clave. Mi abuelo pertenecía a la Adoración Nocturna, en el Templo del Perpetuo Socorro, mi abuela y mi madre eran Terciarias Franciscanas en el Templo de Guadalupe, su espiritualidad era franciscana. Mi madre perteneció también al grupo de Acción Católica, donde era muy estimada y tenía cierto liderazgo moral. Además colaboraba con un grupo de señoras que llevaban comida a los presos de la cárcel. Es así como crecí en este ambiente de fe férrea y profunda, con una marcada influencia franciscana.



LA ESCUELA Y LA COMUNIDAD

No asistí al kínder⁴ porque en ese tiempo no existía. Tengo recuerdos muy gratos de mi etapa escolar de primaria, fui muy querido y valorado por mis maestros desde principio. Sobresaliente en mis calificaciones, era un niño tranquilo que disfrutó de la escuela y de los amigos que hice ahí, y de los del barrio donde vivía. Estudié en la Escuela Primaria Amado Nervo, para varones, ya que no existían las escuelas mixtas. Esta era considerada, junto con la Primaria Centenario, de las mejores escuelas de gobierno. Había muy buen ambiente, no recuerdo que hubiera violencia, sólo me vi involucrado en un problema a golpes con otro niño, pero sin gran trascendencia.

Mi relación con la comunidad en general, y mi participación en ella, fue muy poca, ya que ingresé al seminario a los doce años, poco antes de cumplir los trece, así que mi relación de adolescente fue desde el seminario. La comunidad de fe, la comunidad eclesial, tuvo gran importancia puesto que fue el ambiente donde fui creciendo como creyente. Mi participación en ella se reducía a los grupos infantiles de tradición franciscana a los que pertenecía, y se entiende que no llegara a más, por la edad que tenía.



4 En México la educación básica en ese entonces consistía en seis años de primaria, no existía de manera oficial la educación previa: “kínder” como se llamaba por la adaptación del vocablo kindergarten, el equivalente a la educación preescolar o preprimaria (antes de la educación primaria).

La comunidad de fe, sobre todo mi familia, fueron claves en el desarrollo de mi vida cristiana y en mi vocación sacerdotal. Ese fue el ambiente en el que se fue configurando y creciendo el deseo de ser sacerdote, que empezó a germinar en mi interior cuando estaba cursando el sexto año de primaria (entre los once y trece años), deseo que se fue haciendo cada vez más fuerte. Era un deseo vago, muy infantil, caracterizado por la entrega a Dios y el servicio a los hombres, que se fue haciendo cada vez más intenso y atrayente. Cuando se lo comuniqué a mi familia, mi padre se opuso terminantemente, él tenía otros planes para mí: el negocio de la imprenta. Además no le atraía mucho, por la influencia de su familia; tener un hijo sacerdote.

Mi madre me sugirió que lo pensara bien ya que todavía estaba muy chico, pero por supuesto que a ella y a mis abuelos maternos les agradó la idea. Mi infancia se desarrolló en medio de sacerdotes religiosos, jesuitas de la parroquia del Carmen a la que pertenecía y claretianos de la parroquia de Guadalupe, a la que asistíamos por los grupos franciscanos. Yo no conocía ningún sacerdote diocesano y no distinguía la diferencia que tenían con los religiosos.

Personas de los grupos franciscanos, que conocían al Padre José Manuel García, sacerdote diocesano, párroco de San Pedro Apóstol, en San Pedro de las Colonias, Coahuila, le comentaron de mi inquietud vocacional. Fue a hablar con mis padres y conmigo. Mis padres accedieron, después de varias visitas, mi padre muy a su pesar, a que entrara al Seminario Menor de Saltillo, me fui con un grupo de candidatos de San Pedro de las Colonias.

Mi padre quedó a disgusto y no me quiso proporcionar la ayuda para comprar lo que me pedían en el Seminario. Con la ayuda de mi madre y ahorros que tenía en el banco, compre lo necesario y entre al seminario. Empezaba para mí una nueva etapa.



AÑOS DE FORMACIÓN

Ingresé al Seminario Menor de Saltillo (no existía la diócesis de Torreón) el 10 de septiembre de 1952. El rector era el padre Fernando Romo Gutiérrez, quien posteriormente, en 1958, fue nombrado primer obispo de la diócesis de Torreón. Ahí curse los cinco años de humanidades, tres de secundaria y dos de preparatoria. Guardo grandes recuerdos de estos años, apreciado por mi rector, mis formadores y maestros. Esta etapa de mi formación transcurre en la feliz y tranquila posesión del don de la vocación, propia de un adolescente con una imagen del sacerdocio muy romántica y con una disciplina tipo militar.

Teníamos poca relación con la familia. Los dos primeros años mi padre no me visitó, todavía no alcanzaba a asimilar mi entrada al Seminario, lo cual ocurrió hasta el tercer año. Mi madre, por el contrario, tenía la idea de que ella me había entregado a Dios y a la Iglesia, y este pensamiento se fue reafirmando en mí, lo cual explica mi alejamiento de la familia.



Terminando esta etapa del Seminario Menor (1952-1957), ingreso al Seminario de Montezuma, al norte de Nuevo México, EEUU, e inicio la etapa de Filosofía y Teología. Este seminario se fundó a instancias del Papa Pio XI, en tiempos de la persecución religiosa en México, cuando se cerraron los seminarios⁵; pidió al Episcopado del país vecino, apoyar a la Iglesia en México fundando un seminario para acoger a los seminaristas que no tenían un espacio seguro de formación. Dicha tarea fue encomendada a la Compañía de Jesús, Provincia de México. Terminada la persecución, se abrieron los seminarios, pero Montezuma continuó. Éramos más de 400 alumnos provenientes de distintas diócesis.

Cuando estaba en primero de Filosofía fue erigida la Diócesis de Torreón, en abril de 1958, y consagrado su primer Obispo Don Fernando Romo Gutiérrez, mi antiguo rector en el seminario de Saltillo.

La etapa de Montezuma la disfruté enormemente: la excelente formación académica, la apertura de compañeros de diferentes partes de la República Mexicana, el compañerismo, “la mística” que se vivió en ese tiempo. Aunque había que recalcar aspectos negativos: el encierro y la poca o nula relación con la realidad de nuestro país y de la propia diócesis, la formación privilegiaba el aspecto académico con detrimento de otras dimensiones. En lo personal, el rompimiento y la lejanía con la familia, y la poca o nula experiencia pastoral durante todo el Seminario Mayor. ¡Los obispos mexicanos, no permitían que hiciéramos pastoral en las parroquias de Estados Unidos!

Terminada la etapa filosófica en 1960, hice un año de magisterio, inicialmente lo iba hacer en Torreón, pero finalmente lo hice en Saltillo, colaborando en el Seminario Menor. Fue un año muy duro

5 La persecución religiosa en México fue un conflicto armado entre 1926 y 1929 entre el gobierno encabezado por el presidente Plutarco Elías Calles y grupos de laicos, presbíteros y religiosos católicos, también conocida como la Guerra Cristera, Guerra de los Cristeros o Cristiada. La Constitución Mexicana de 1917 establecía una política que negaba la personalidad jurídica a las iglesias, sin embargo los católicos se resistían a la aplicación de legislación y las políticas públicas orientadas a restringir dicha participación. Una de las muchas consecuencias fue el cierre de conventos, seminarios, y la expulsión sistemática de sacerdotes y religiosos extranjeros, así como la suspensión de culto. El movimiento tuvo un tinte tanto político como económico, aunque fue creciendo como un movimiento social que reivindicaba los derechos de libertad de culto en México. Para profundizar en el tema se puede consultar la vasta obra de Jean Meyer entre ellas “La cuestión religiosa en México, México: IMDOSOC (1989).

bajo el punto de vista de trabajo. Cargado con un buen número de horas clase, encargado de la división de menores, con poquísimos espacios de descanso personal. En ese año viví una experiencia especialmente significativa, bajo el punto de vista vocacional. En el segundo semestre pasé por una crisis afectiva, que cimbró fuertemente “mi tranquila posesión” de mi vocación sacerdotal, esto me obligó a replantearme mi vocación y ver si continuaba o no. Al final decidí continuar, y regresar a Montezuma.

Gran parte de primero de teología fue hacer un discernimiento vocacional, ayudado por mi director espiritual; finalmente confirmé mi opción por el sacerdocio. Creo que esta decisión fue un verdadero parteaguas en mi proceso vocacional, marca un “antes y un después”. Lo duro del trabajo del año de magisterio pasó a segundo término. Terminé el año sumamente cansado; me pidieron continuar un año más pero no acepté, el compromiso había sido por un año.



TRAYECTORIA SACERDOTAL

Fui ordenado sacerdote en el segundo semestre del 4º año de Teología, el 23 de marzo de 1965. La ocasión fue que en esa fecha Don Fernando Romo, nuestro Obispo, celebraba sus bodas de plata sacerdotales. Nos ordenamos cuatro seminaristas, tres del Seminario de Montezuma y otro más que estudiaba en el de León, Guanajuato. Venimos a la ordenación y nos regresamos inmediatamente a terminar el 4º de Teología. Los alumnos de ese nivel éramos 52, de diferentes partes de la República Mexicana, antes de Semana Santa estábamos ordenados más de 30. Era impresionante celebrar la Eucaristía, durante varios meses, acompañados únicamente por algún compañero que le hacía de acólito, no existían las concelebraciones.

Regreso a mi Diócesis, a finales de junio de 1965. Mi primer destino fue ser director espiritual del Seminario Menor de Torreón, el cual duró cinco años. Sin ninguna preparación previa, o algo parecido, me fui abriendo camino en mi primer destino como sacerdote. Como no había muchos sacerdotes en la Diócesis, nos fueron encargando otros ministerios: colaborador de Cursos de Cristiandad, Pastoral Juvenil, clases en la Escuela Diocesana de Catequesis y otras tareas pastorales que iban saliendo.

Durante el curso escolar 1969-1970 los obispos de la Región Pastoral Norte, que abarcaba las Diócesis de Chihuahua más Torreón, se plantean la posibilidad de abrir un seminario mayor regional. En mayo de 1970, mi obispo me comunica que voy a trabajar en dicho Seminario Regional del Norte, que abre sus puertas es mismo año en Ciudad Juárez, Chihuahua. Inicia con primero de filosofía, con cuatro sacerdotes: dos de Chihuahua, uno de Ciudad Juárez y uno de Torreón.

Gradualmente se fueron abriendo los demás años de filosofía, hasta completar el ciclo. Posteriormente se abre Teología en la Ciudad de Chihuahua, en el curso escolar 1973-1974. Trabajo diez años en dicho Seminario Regional, como formador y maestro. Durante esta etapa aprovecho para hacer la licenciatura en Psicología en la Universidad de Texas (UTEP), EEUU, en El Paso.

Fue una etapa sumamente rica en mi experiencia sacerdotal, ya que en el equipo formador que iniciamos había la inquietud de búsqueda de nuevos modelos de formación sacerdotal. Sin tener muchos elementos pedagógicos, pero con intuiciones fundamentales, nos fuimos abriendo paso en nuevos caminos. Providencialmente teníamos el apoyo de los obispos de la Región.

La formación se llevaba en pequeñas comunidades, tratamos de clarificar las etapas formativas en el curso filosófico, con sus propios objetivos.

Por otro lado, en lo personal, el participar como estudiante en la Universidad de Texas, me abrió también a experiencias nuevas que me enriquecieron profundamente y me ayudaron a madurar. Este segundo destino sacerdotal duro diez años, de 1970-1980.

Mi siguiente destino fue la Parroquia de la Resurrección del Señor en Concordia, Coahuila. Cuando regreso definitivamente de Juárez, en julio de 1980, me pide mi obispo suplir al Padre Armando García, párroco de Concordia, que se encontraba en un curso, de un mes, de los que organizaba el Movimiento por un Mundo Mejor. Al final de dicho periodo me preguntan las hermanas de San José de Lyon si no me gustaría quedarme a trabajar como Vicario parroquial, yo les digo que sí, van a hablar con Don Fernando, les pone una regañiza diciéndoles que él ya tenía un destino para mi. Al día siguiente voy a hablar con el obispo, insisto en la petición, le doy mis razones, me escucha en silencio, y acepta que me quede en Concordia.



Después de quince años de ordenado, voy a mi primera experiencia parroquial, mi llegada a Concordia fue de lo más providencial. Durante mi estancia en Ciudad Juárez en el Seminario Regional, en los periodos de Semana Santa, ya había venido a ayudarles. Atendía tres ranchos: San Rafael, Albia y la Victoria.

Aquí empiezo una de las etapas significativas en mi vida sacerdotal, comienzo a aprender a ser pastor, agregaría la palabra “experencialmente”. Había un párroco de carácter diametralmente distinto al mío, pero que nos entendimos de maravilla. Cuatro, y a veces cinco, religiosas de la comunidad de San José de Lyon, con las que también me entendí de maravilla.

Una comunidad parroquial de gente pobre; que fueron los que me enseñaron a ser pastor, esta experiencia pastoral me marcó definitivamente. Me fui haciendo presbítero con mis hermano sacerdote y con las hermanas formamos más que un buen equipo de trabajo, sino una verdadera “comunidad de vida”: Compartimos los alimentos, la economía -“teníamos una caja común”-, la planeación y realización de la pastoral, la oración, y los retiros, la evaluación del trabajo, las vacaciones. Yo me abrí totalmente a esta experiencia que era un mundo radicalmente nuevo para mí. La realidad del pobre se hizo presente en mi vida y fue dejando huellas profundas en mi existencia sacerdotal. En este ambiente, el Prado entra en mi vida, ya después lo explicaré. No cabe duda que Dios fue preparando la tierra donde pudiera germinar la semilla de la vocación pradosiana.

Siete años duró esta experiencia de Concordia, de 1980 a 1987. Al final le agradecí a Dios, y a la comunidad, el que me hayan enseñado a “ser pastor” y digo esta expresión, no en el sentido de “hacer cosas pastorales”, que por supuesto aprendí, sino en el sentido del significado del verbo “ser”.

En 1985 llega Don Luis Morales Reyes, como obispo coadjutor, para ayudar a Don Fernando que había tenido un derrame cerebral, se encontraba limitado para gobernar la Diócesis. A su llegada le pedimos que nos ayudara a elaborar el Plan Diocesano de Pastoral (P.D.P), así es que en enero de 1986 nos envía, a otro sacerdote y a mí, al Instituto Teológico Pastoral para América Latina (ITEPAL) en Medellín, Colombia, a hacer un diplomado en Planeación Pastoral, con el compromiso de empezar a trabajar el proyecto de nuestro plan pastoral.

Regreso en marzo de 1970 de Colombia, y me cambian a Torreón para dedicarme a tiempo completo a la preparación, elaboración y la puesta en marcha del Plan Diocesano de Pastoral, se me dio el nombramiento de Vicario Episcopal de Pastoral. Empieza para mí otra experiencia totalmente nueva. Trabajar a otro nivel en circunstancias más complejas, se trataba de trabajar con sacerdotes, religiosos, laicos y movimientos laicales, cada uno de estos grupos con sus propias esquemas teológicos pastorales, con sus fobias y sus filias propias de cada grupo, con sus grandes valores y resistencias.

Esta experiencia me hizo entrar en un espíritu más eclesial. Conocí hasta el último rincón de la Diócesis, pero sobre todo, me hizo entrar en un dinamismo interno, en las entrañas de los diferentes grupos de nuestra realidad diocesana. Las tres visitas pastorales que me tocó preparar y realizar, junto con el obispo, fueron para mí una experiencia enriquecedora que me permitió vivir el sentido de la pastoral como “procesos” que se van desatando y acompañando. La experiencia de Concordia adquiriría una dimensión nueva.



El compartir con Don Luis Morales en los recorridos, por toda la Diócesis, sobre cuestiones pastorales y de espiritualidad sacerdotal que surgían de las experiencias que íbamos viviendo, es algo que le agradezco a Dios y a Don Luis. Las experiencias de las Asambleas Diocesanas que teníamos cada año, vividas como el “acontecimiento pastoral” más importante para la Diócesis, fue algo muy intenso en mi vida. Esta experiencia de Vicario Pastoral duró cerca de catorce años, diez a tiempo completo y los últimos cuatro años, además, como párroco de la Parroquia de San Pedro Apóstol en Torreón.

En diciembre del año 2000 llegó el nuevo obispo de la Diócesis, Don José Guadalupe Galván Galindo, mi condiscípulo en el Seminario de Montezuma, fuimos compañeros los cuatro años de Teología. En julio del 2001 me pide que le ayude nuevamente en el Seminario, que se había convertido en el seminario Mayor pues contaba con la etapa filosófica. El 30 de julio del mismo año dejo la Vicaría Pastoral y la parroquia de San Pedro Apóstol, y me voy a mi nuevo destino, el seminario pero en circunstancias muy diferentes a las dos anteriores: la del Seminario Menor recién creado y la del Seminario Regional de Norte en Ciudad Juárez.

Fui nombrado Rector y me tocó iniciar la etapa del Teologado, comenzar a organizar una estructura formativa, tratando de clarificar los procesos de la formación sacerdotal y sus caminos pedagógicos, tarea nada fácil. Esta última etapa de mi ministerio en el Seminario, que duró diez años, la viví con intensidad, en lo personal, fui profundizando en la identidad sacerdotal y los caminos para lograrla. Al final estaba ya agotado y sentía que debía cerrar mi ciclo en la formación en los seminarios. Pido al Obispo mi cambio y me lo acepta, me envía como Párroco al Inmaculado Corazón de María.

El 5 de agosto del 2011 llego a mi nueva parroquia, encuentro una comunidad con un gran dinamismo pastoral en torno a pequeñas comunidades centradas en la Lectio Divina⁶, con otros servicios pastorales bien organizados: la catequesis infantil, la pastoral de enfermos, ministros extraordinarios de la comunión, Cáritas Parroquial, Animación Bíblica de la Pastoral. Asumo lo que ya había, y juntamente con el Vicario Parroquial, empezamos a buscar los siguientes pasos que habría que dar.

Actualmente estamos iniciando un proceso de renovación pastoral, con el Método Prospectivo⁷, que se llama Nueva Imagen de la Parroquia (NIP). Proceso que me ha abierto nuevas perspectivas,

que ha despertado en mí nuevas esperanzas e ilusiones, que a mi edad lo considero como una nueva gracia de Dios. Estar en búsqueda, ponerse en camino nuevamente, estar atento a las mociones del Espíritu que se van manifestando en la comunidad, estar dispuesto a caminar con ella, no cabe duda, son muestras de que el Señor sigue renovando mi ministerio sacerdotal.



6 Lectura divina, lectura orante, lectura sagrada: forma de tener un encuentro con Dios a través de la Sagrada Escritura. La lectio divina se presenta, como un camino de apertura incondicional a la libertad y la vida que proceden de la Palabra luminosa de Dios. Es también un aprendizaje permanente para avanzar en diálogo con el Señor, al que le abrimos la puerta del corazón por la fe para que dirija nuestra existencia. <http://elverdaderodiscipulo.org.mx/wp-content/uploads/2013/12/SESION-DE-PASTORAL-VOCACIONAL-2.pdf>

7 Metodología Prospectiva”, bajo los lineamientos de la reunión continental de Obispos de Aparecida (V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe llevada a cabo en el Santuario de Nuestra Señora Aparecida, Brasil)

EXPERIENCIAS DE TRABAJO CON LOS POBRES

Creo que la experiencia de trabajo con los pobres, la más fuerte y la que más me marcó, se dio cuando estuve de Vicario parroquial en la Parroquia de la Resurrección del Señor en Concordia. La estructura pastoral fundamental estaba en las Comunidades Eclesiales de Base (CEB). Elaborábamos material de Reflexión con base en la Palabra de Dios, tratando de unirla con la vida. De ahí brotaron: una cooperativa de ahorro para comprar alimentos de la canasta básica, fundamentalmente para el tiempo de invierno que eran los meses en que no había trabajo en el campo; y se adquirió la concesión de una tienda CONASUPO⁸ con precios más accesibles para los campesinos. Del dinamismo de las CEB surgieron procesos evangelizadores muy interesantes.

En la etapa que estuve como Vicario de Pastoral de la Diócesis se busco darle al Plan Diocesano de Pastoral un especial enfoque “desde los pobres”, ya que su parte doctrinal (Marco Doctrinal) estaba inspirado en los documentos de Medellín, Puebla y Santo Domingo⁹. Sin embargo, puedo decir que las principales influencias las tuve de parte de mi madre y abuelos maternos, influencias de la espiritualidad franciscana.



8 En 1962 se creó la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO), empresa paraestatal que se dedicó a acciones relacionadas con el sistema de abasto y la seguridad alimentaria mexicana. Entre sus actividades establecieron grandes almacenes de abasto y tiendas comunitarias. (www.diconsa.gob.mx) Desapareció en 1999, como un síntoma más del fracaso del asistencialismo del estado mexicano.

9 II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín, Colombia en 1968; III Conferencia General Episcopal del Clero Latinoamericano en Puebla, México en 1979; VI Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Santo Domingo en 1992.

PERTENENCIA AL PRADO

Mi primer contacto con el Prado lo tuve a través de antiguos alumnos míos del Seminario Regional del Norte de la Diócesis de Juárez. Estaba yo en Concordia y fui a Ciudad Juárez a la ordenación de un compañero. El padre René Blanco, y otros compañeros que estaban iniciándose en el Prado, me dieron literatura sobre el mismo. Recuerdo que la devoré, mi primer impulso fue: “esto es lo que yo he deseado como sacerdote, esto va conmigo”. Seguí en contacto con ellos, les manifesté mi deseo de entrar al Prado, así se formo un grupo de sacerdotes de Torreón, entre los que estaba, el padre Armando García, mi compañero de Concordia, e iniciamos el proceso de formación en vida pradosiana, después mi compromiso.

En este caminar nos acompañaba periódicamente el padre Manolo Medina, sacerdote pradosiano designado por el Consejo Internacional del Prado para acompañar el proceso de iniciación en México, él marco profundamente la vida del Prado en sus inicios. Sin duda alguna, fue providencial recibir la gracia del Prado en mi etapa de Concordia. Dios prepara su gracia en los momentos oportunos. Fui invitado a hacer el año pradosiano internacional en Lyon, Francia, de septiembre de 1990 a Junio de 1991. Éramos un grupo de nueve sacerdotes de ocho nacionalidades diferentes, acompañados por dos sacerdotes pradosianos franceses. Esta experiencia es una de las grandes gracias que tengo que agradecer a Dios en mi vida sacerdotal. Fue una experiencia dura, difícil, sobre todo al principio.



La experiencia de vida de comunidad que vivimos no fue fácil. Los choques y roces aparecían desde un principio, Dios me confrontó con la “verdad” de mi vida sacerdotal desde el evangelio y el carisma del Prado. Se me vino abajo todo, me di cuenta que mi sacerdocio y mi ministerio lo estaba construyendo sobre mí mismo, hubo que empezar a construir sobre otro cimiento, que es Jesucristo. Yo me consideraba “buen sacerdote” (así entre comillas), pero caí en la cuenta que no es lo mismo que ser sacerdote según el Evangelio, como diría el padre Antonio Chevrier. Fue una experiencia de muerte pero en orden a la vida. Ese año me reafirme en mi vocación pradosiana.

El periodo en el que presté el servicio de Coordinador del Prado de México fue también un espacio significativo en mi vida pradosiana. Acompañar a otros en su proceso vocacional, siempre es ocasión de crecer en la propia vocación, preparar y realizar las sesiones de formación, las asambleas nacionales, participar en esas reuniones me brindó momentos extraordinarios de crecimiento y enriquecimiento. Vivir la vocación pradosiana en su dimensión internacional, verla encarnada en las diferentes culturas, abre a nuevas perspectivas y nuevas maneras de vivir el mismo carisma pradosiano.



SIGNIFICADO DE SER SACERDOTE DEL PRADO

El Prado me ha ayudado a recuperar mi vocación de sacerdote diocesano, a vivir la “centralidad de Jesucristo” en mi vida y ministerio sacerdotal, descubrí el papel de la Palabra en la configuración del sacerdote, a través del Estudio de Evangelio, empezar a vivir el sentido de la vida de equipo, descubrir el camino de la espiritualidad sacerdotal marcada por el mural de Saint Fons¹⁰: el sacerdote es un hombre DESPOJADO-CRUCIFICADO-COMIDO, expresado en los tres grandes signos: el pesebre, la cruz, el tabernáculo.

Las satisfacciones que he vivido al pertenecer al Prado han sido innumerables, como se puede constatar por lo escrito anteriormente. Todas en relación con una nueva manera de entender mi vocación sacerdotal diocesana desde el Evangelio.

Podría sintetizar los cambios en mi vida personal y en mi ministerio de la siguiente manera:

- Pasar de un sacerdocio basado en el cumplimiento, a un sacerdocio basado en el seguimiento. Era un sacerdote “cumplidor” pero muy ajeno al seguimiento de Cristo. Ahora, discípulo y apóstol están teniendo para mí una nueva perspectiva.
- Recuperar la centralidad de Jesucristo, y relacionado con ello el encuentro con la Palabra de Dios, esencial para mi vida y ministerio sacerdotal. No hay verdadero conocimiento de Jesucristo sin el encuentro con la Palabra,
- La práctica del Cuaderno de Vida que me ayuda a recoger mi ministerio sacerdotal para descubrir lo que Dios va realizando a través de él, y los llamados que Dios me va manifestando. Voy uniendo el ministerio con la vida.
- Voy pasando de la preocupación por “hacer cosas”, aunque éstas sean pastorales, a la insistencia del “ser”; una insistencia muy propia del padre Chevrier.
- Voy recuperando el papel del laico y su papel en la misión de la Iglesia.

Por supuesto que estos cambios no son ya algo hecho y acabado, sino que son procesos que se van dando, caminos que se van

recorriendo. Sin olvidar también que se presentan en medio de mis debilidades, limitaciones, resistencias y pecado. Así aparece mas claro que la obra es de Dios, por medio de su Espíritu.

Los principales obstáculos a los que me he enfrentado nacen principalmente de mí mismo, y son a los que hace un momento hacía referencia: mis debilidades, limitaciones, resistencias y pecado, a las que añadiría la rutina.



10 El logotipo del Prado señala las referencias fundamentales para el perfil del sacerdote, discípulo y apóstol, según el Evangelio, con los acentos principales en la Encarnación, La cruz y la Eucaristía; condensa el contenido de un esquema escrito en las paredes de una pequeña casa donde se retiraba Antonio Chevrier en la localidad de Saint Fons, cerca de Lyon, Francia, y que todavía se conserva. (<http://sacerdotesprado.wordpress.com/>)

LA PROMOCIÓN DE LAS VOCACIONES A TRAVÉS DEL TESTIMONIO

La vocación es un don de Dios. Claro que Dios se vale de mediaciones humanas para suscitar vocaciones en su Iglesia. No dudo que Dios se haya valido de mí, a pesar de mis limitaciones, para llamar a otras personas. Sobre todo en las vocaciones sacerdotales, veinticinco años de mi ministerio los he dedicado al trabajo de la formación sacerdotal en el Seminario. Sobre todo, los diez años de Rector en Seminario Mayor de Torreón, considero que son los años en donde más se ha notado la influencia de mi formación pradosiana. De ahí surgieron seminaristas que me comunicaron su deseo de pertenecer al Prado.

En lo referente a la formación de la vocación laica, mi etapa en la vicaría de pastoral es cuando viví con mayor intensidad este proceso. El P.D.P. requería de laicos con una formación inspirada en el Concilio Vaticano II y en los documentos del Episcopado Latinoamericano. Fruto de esta necesidad, me toco colaborar en la formación del Instituto Pastoral Pablo VI¹¹, cuyos ejes de formación estaban inspirados en el Prado: PERSONA-DISCÍPULO-APÓSTOL. Esta experiencia de formación laical ha prestado un gran servicio a la Diócesis.



¹¹ Instituto inaugurado en 2004 en la ciudad de Torreón, Coahuila.

Actualmente soy el responsable de la Pastoral Presbiteral en la Diócesis. Confieso que es un terreno totalmente nuevo y bastante complejo y difícil. Los presbíteros estábamos acostumbrados a “ser pastores” pero no “ovejas”. Junto con un equipo, estamos primero clarificando conceptos con respecto a la Pastoral Presbiteral y la formación permanente o continuada, como hoy se le llama. Hay muchas resistencias para este nuevo campo de la pastoral. Elaboramos un pequeño proyecto para un año, estamos abriendo brecha, iniciando camino. En esto no hay caminos clarificados, ni pedagogías ya experimentadas, por ello considero que en el Prado podría aportar elementos muy importantes.

Termino tratando de acentuar lo que el Prado ha significado en mi vida sacerdotal:

Creo que el Prado me ha ayudado a “redimensionar” mi vocación de sacerdote diocesano. Le he dado una comprensión y una dimensión totalmente nuevas. Que en el fondo, no es más que introducirse en la comprensión del nuevo sacerdocio de Jesucristo desde la base de nuestra primera identidad: discípulo-apóstol de Jesucristo. Pero no como idea, sino como experiencia renovadora que brota de la contemplación del Jesús del Evangelio.

Me ha ido conduciendo en nuevo camino de espiritualidad vivificante y transformadora:

El sacerdote es un hombre despojados, crucificados, comidos. El Pesebre, la Cruz y el Tabernáculo, tres íconos que le han dado una dimensión nueva a mi espiritualidad sacerdotal, y desde aquí la comprensión del pobre y de la pobreza.

Por último, voy tomando conciencia que Dios me ha introducido en un dinamismo que tuvo su inicio, en un principio incierto y débil, pero que se ha ido convirtiendo en una fuerza transformadora y vitalizadora que no termina... a los 75 años de vida y 50 de sacerdote, Dios me abre a experiencias sacerdotales nuevas.



PRA
DO

VHE

The background is a dark gray monochromatic illustration. At the top, a dove is depicted with its wings spread, perched on a branch. Below it, there are silhouettes of several people in various poses, some appearing to be in conversation or prayer. The overall style is graphic and minimalist.

VHE

www.elverdaderodiscipulo.org.mx
prado.mexicano@gmail.com